

Identidad, modernización y desarrollo local*

Cristián Parker

El análisis sociológico que relegó a segundo plano los factores de tipo cultural, otrora considerados como “tradicionales obstáculos al progreso”, de acuerdo a las teorías de la modernización y del desarrollo en boga hasta no hace mucho, ha significado un alto costo social y político, en muchos casos dramático. El caso de Chiapas en México debe ser ubicado en un contexto más amplio. Las luchas entre nacionalidades en la ex-URSS, o la guerra civil en la ex-Yugoeslavia, el incremento del racismo y la xenofobia en la Alemania recientemente unificada o en Francia, o la explosión racial en Los Angeles (California), plantean la necesidad de revisar los enfoques vigentes acerca del Estado moderno y de los debates sobre “modernidad y modernización”¹. Las conductas irracionales parecen volver a la escena en sociedades “progresistas” y “modernas”.

La crisis que afectó a las sociedades latinoamericanas durante la década de los 80 ha subrayado este aserto con mayor claridad. Las explosiones de violencia en Venezuela, Argentina y Perú en estos últimos años revelan que la crisis no ha sido únicamente de naturaleza económica y han posibilitado, como dicen Guerrieri y Torres-Rivas, detectar la irrupción de rasgos de atraso que parecían olvidados. Pareciera *“como si la llamada sociedad tradicional, fuera de escena durante muchos años, hubiese vuelto y se estuviera apoderando de pedazos de la modernidad. Los retrocesos sociales tienen la dimensión de un retorno al pasado que ningún indicador puede reflejar. Las pérdidas sociales o culturales su-*

* Este trabajo forma parte de una investigación más amplia desarrollada en el Centro de Estudios de la Realidad Contemporánea (CERC), con financiamiento del Fondo de Becas para los Centros Académicos Independientes (CAI) de la Comisión Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas (CONICYT).

¹ Sobre el amplio debate teórico y filosófico suscitado por estas cuestiones en Europa ver Jürgen Habermas, *Identidades nacionales y postnacionales*, Editorial Tecnos, Madrid, 1989. En América Latina, la sociología de la cultura comienza a desarrollarse desde la década del 80, precisamente cuando se piensan juntas la cultura y la modernización. Ver Nestor García Canclini, “Los estudios culturales de los 80 a los 90: perspectivas antropológicas y sociológicas en América latina”, *Iztapalapa, Año 11, Num 24*, Extraordinario de 1991, pp. 9 -26.

brayan aún más las injusticias del orden social y vuelven penoso el retorno a la normalidad"².

Precisamente en esta búsqueda del restablecimiento de la llamada "normalidad" queda claro que ya no hay parámetros definitivos acerca de lo que debemos entender precisamente por "normalidad". Por ello ciertos analistas del desarrollo político, al plantearse la necesidad de repensar el Estado hacen notar la falta de "*un tratamiento específico de los aspectos políticos y culturales*"³. En esta fase de heterogeneización socio-cultural no existen ya identidades definitivamente establecidas y abstractas. La función integradora del Estado deberá ser repensada y considerarse no sólo el carácter normativo y burocrático de la integración estatal, tal como lo ha propuesto la modernidad. Además se debe tomar en cuenta algo no considerado habitualmente: los mundos simbólico- imaginarios, las representaciones colectivas, "*a través de los cuales definimos el sentido de los procesos sociales*"⁴. Los nuevos derechos que hoy se reclaman son expresión de diferencias cuya importancia recién se afirma. "*La radicalización de la democracia exige que reconozcamos la diferencia, lo particular, lo múltiple, lo heterogéneo, de hecho, todo lo que ha sido excluido en virtud del concepto de hombre en abstracto*"⁵.

El desafío anterior cobra importancia a la luz del problema planteado con el resurgir por doquier de sentimientos nacionalistas, etnicistas, regionalistas e indigenistas, que destacan el inevitable nexo existente entre lazos primarios de identificación (parental, local, racial) y la construcción simbólica de modelos culturales de orientación en la vida colectiva. Este giro en la ordenación de las temáticas culturales en el mundo actual exige abordar el problema de la cultura y del Estado, ya no exclusivamente desde el punto de vista de las políticas culturales, entendiendo a la cultura de manera restringida como producción oficial de campos especializados (gubernamental, mercantil o artesanal) de mensajes, obras, bienes y artefactos, artísticos, intelectuales o estético-recreativos⁶. El problema que plantea el actual proceso de democratización en el marco de la transición planetaria de una sociedad industrial a una post-industrial, a la luz de los procesos de transformación del Estado (desconcentración, regionalización, desarrollo local y democratización local), supone abordar lo cultural en el marco simbólico-referencial de representaciones colectivas que- como códigos culturales subyacentes - van estructurando visiones colectivas sobre esos cambios, al mis-

² Adolfo Gurrieri y Edelberto Torres-Rivas, "Prefacio", en *Los años noventa: ¿desarrollo con equidad?*, Ediciones CEPAL-FLACSO, San José, 1990.

³ Norbert Lechner, "Repensar al Estado democrático", en Matías Tagle (editor) *Desafíos del Estado en los 90*, Corporación de Promoción Universitaria (CPU), Santiago, 1991, p. 58.

⁴ N. Lechner, *Desafíos del Estado en los 90*, op cit. p. 59.

⁵ Chantal Mouffe, "La radicalización de la democracia", *Leviatán*, N°41, II Época, otoño, 1990, p. 89.

⁶ Un análisis en términos de políticas culturales puede verse en Paulina Gutiérrez, "Notas sobre políticas culturales: las opciones previas" y en José Leal, "El Estado chileno de los

mo tiempo que configuran la voluntad colectiva que los apoya o los rechaza. Debe así entenderse a lo cultural en un sentido amplio como modelos culturales en constante dialéctica transformadora de la vida cotidiana y de la historia.⁷

La presente propuesta teórica equivale a privilegiar un enfoque socioantropológico diferente al que usualmente se ha empleado para interrelacionar la cultura con el desarrollo, esto es, por la vía del análisis de los valores que motivan a las élites supuestamente impulsoras del desarrollo. Es necesario, en efecto, superar esa teoría de la modernización que en América latina recoge y modifica la idea schumpeteriana de las élites empresariales emprendedoras, como clave para el desarrollo del capitalismo⁸. Son otros los elementos y factores relevantes en esta articulación de cultura –entendida como modelos de representaciones y práctica– y procesos de desarrollo en nuestros países –entendidos como modernización que incrementan el bienestar, la equidad y la calidad de vida.

Desarrollo y cultura

La vinculación existente entre desarrollo y cultura, en el marco de la sociedad contemporánea sometida a profundas mutaciones socio-político-culturales, se ha visto complejizada. Ello básicamente porque el imaginario social que sostiene la idea del desarrollo ya no se corresponde con la realidad del desarrollo en la era post-industrial⁹.

90 y la cultura: un punto de vista independiente”, en *Desafíos del Estado en los años 90*, op. cit. Véase también *Políticas culturales en Chile*, División de Cultura Ministerio de Educación, Santiago, 1992.

Como lo plantea Brunner, hay dos grandes enfoques para abordar la cultura entre los teóricos latinoamericanos, como campo cultural y como cultura cotidiana. “*La gran tarea de la especialidad de la sociología de la cultura es explicar las interacciones entre estas dos dimensiones de la cultura, entender el desarrollo del campo y el desarrollo de la cultura cotidiana*”. Consideramos de relevancia la posibilidad de ir más allá del ámbito que el autor fija para la sociología de la cultura en América Latina, al avanzar un enfoque acerca de la interrelación de los modelos culturales y las diversas concepciones del desarrollo en acto o en las representaciones colectivas. Cfr. José Joaquín Brunner, *Ciencias sociales y el tema de la cultura: notas para una agenda de investigación*. Documento de Trabajo N° 332, FLACSO, Santiago, 1987.

⁷ Seguimos aquí a Vic Ouvriere, Bruxelles, T.I, 1978, T.II, 1980, y a Francois Houtart y Genevieve Lemercinier, *L'énergie et la culture*, L' Harmattan-CETRI, Paris, Louvain-la-Neuve, 1990.

⁸ Sobre esta discusión ver el ya clásico trabajo de Fernando H. Cardoso, *Cuestiones de sociología del desarrollo de América Latina*, Editorial Universitaria, Santiago, 1968.

⁹ Para un análisis de estas mutaciones ver Cristián Parker *Otra Lógica en América Latina. Religión popular y modernización capitalista*, FCE, Santiago, 1993, Caps. 3 y 4; también C. Parker “Mutaciones culturales y paradigmas emergentes”, en *La Época*, Suplemento Temas, 1° de enero de 1994.

La temática de la interrelación entre cultura y desarrollo local cobra vigencia a la luz de los vertiginosos cambios tecnológicos contemporáneos. Así, el problema de los obstáculos tradicionales que plantean ciertas pautas culturales particularistas a una innovación tecnológica universalista, tal como fueran planteados en los años 60 y 70, ya no están vigentes, dado que el paradigma de la innovación necesaria que sustentaba la idea del desarrollo en esa época todavía era el de la sociedad industrial. Cuando, desde la década del 80 en adelante, el desarrollo pasa a sustentarse primordialmente en las innovaciones tecnológicas post-industriales (informática, robótica, biotecnologías, y energías blandas), la relación cultura- desarrollo cambia radicalmente.

En el marco de esta transformación radical de las fuerzas productivas, con el advenimiento de lo que Toffler llama la "tercera ola", es decir, el surgimiento de una globalización que es al mismo tiempo el inicio de una nueva época post-industrial, ya no puede plantearse el tema de la "modernización" bajo los supuestos ilustrados con los cuales la ciencia social los ha venido reificando desde la post-guerra¹⁰.

En América Latina la cuestión tiene ribetes insospechados dado que nuestro proceso de transformación epocal sintetiza en forma paradójica y contradictoria los procesos de transición propios del capitalismo industrial con aquellos propios de la revolución post-industrial que comienza. En nuestra realidad chilena y latinoamericana el problema que se ha planteado desde las exigencias de la modernización ha sido el siguiente: ¿es posible articular la cultura racionalista y secularizada de la modernidad al substrato cultural latinoamericano? ¿A qué costo? ¿Que restricciones impone a la modernización productiva?¹¹. El problema, desde el punto de vista de la cultura como oferta de sentido, parece ser de gran dimensión y alcance: ¿cómo reivindicar las valiosas tradiciones de nuestra cultura latinoamericana?, ¿cómo valorar las culturas locales, en el marco de estas transformaciones contradictorias de nuestros procesos de "modernización", que tienden aparentemente a borrar esas expresiones de cultura autóctona?

Entendida la cultura como la distinción que socialmente establece la especie humana con su ambiente natural, esto es, la capacidad de producción de su segunda naturaleza, el problema del desarrollo, tal como lo plantea la modernidad, está estrechamente ligado a los modelos culturales vigentes¹².

En términos generales podemos decir que, desde esta perspectiva, el tema cultura-desarrollo puede volver a plantearse desde la sociología de la cultura como una conceptualización sobre las "civilizaciones y su

¹⁰ Cfr. Alvin Toffler, *La Tercera Ola*, Ed. Plaza y Janes, Barcelona, 1993.

¹¹ Cfr. E. Sabrovsky (comp.) *Tecnología y modernidad en latinoamérica*, ILET-CORFO-HACHETTE, Santiago, 1992.

¹² Para un desarrollo más amplio ver mi artículo "Cultura" en AA.VV. *Breve diccionario teológico latinoamericano*, Editorial Rehue, Santiago, 1992, pp 15-25.

evolución". Pero ya no a la manera de Sorokin y de los funcionalistas, ni tampoco a la manera del evolucionismo subyacente en las teorías desarrollistas y de la modernización; tampoco a la manera del evolucionismo del materialismo histórico (con resabios dogmáticos y positivistas), puesto que el cambio de época que vivimos plantea la encrucijada de revisar el paradigma fundamental que subyace a la idea del desarrollo.

Ahora bien, el aspecto más relevante desde el punto de vista de la relación hombre-naturaleza, que tipifica la mutación cultural de la sociedad capitalista contemporánea, dice relación con el tránsito de una sociedad que se había desarrollado sobre la base del modelo industrial a otra cuya base de desarrollo fundamental es post-industrial. La transición que se vive a nivel planetario está marcada por la nueva revolución científico-tecnológica, la informática, las nuevas tecnologías electrónicas, las biotecnologías, las nuevas tecnologías energéticas, que en conjunto están cambiando el sistema productivo¹³. El capital ya no es un factor productivo de primer orden y el trabajo también pasa a un segundo plano. El nuevo factor de producción que está revolucionando los procesos de producción es el conocimiento codificado en unidades de información. Estamos entrando a una nueva fase del capitalismo, agotada también la alternativa industrialista del socialismo. Esta nueva fase podemos caracterizarla como capitalismo tecnotónico.

La crisis de crecimiento que vive la economía mundial y de la cual apenas se recupera penosamente y, en general, las limitaciones del crecimiento indefinido, que agota ineluctablemente los recursos no-renovables y deteriora el medio ambiente¹⁴, subrayan en el mundo contemporáneo no sólo la necesidad de revisar la vinculación del desarrollo (de los modelos de desarrollo vigentes) y el medio ambiente. Ahora se han puesto en cuestión los presupuestos básicos sobre los cuales se sustenta la idea de desarrollo. Los principales presupuestos pueden ser descritos en torno a los siguientes núcleos significativos¹⁵:

- una concepción lineal, anticipatoria y homogénea del tiempo;
- una idea de progreso indefinido hacia estadios más avanzados de bienestar humano;
- una racionalidad derivada del cartesianismo, pensamiento que subyace a la ciencia-técnica contemporánea, para la cual, siguiendo los postulados racionales, podemos llegar a ser "maestros y propietarios de la naturaleza";
- una concepción metafísica que pone al sujeto en el centro de lo real (fundamento de la modernidad), centro a partir del cual se organiza la

¹³ Cfr. Adam Schaff, "La crisis de la civilización industrial", *Leviatán*, N° 29/30, pp. 115-126.

¹⁴ Al respecto ver O. Sunkel, N. Gligo et al. *Estilos de desarrollo y medio ambiente en la América Latina*, FCE, México, 1980.

¹⁵ Cfr. Jean Ladrière, "Reflexion sur le développement intégré", Group de Synthèses de Louvain, *Le Développement Intégré*, CIACO, Louvain-la-Neuve, 1987, pp. 15-42.

realidad, estableciendo una separación tajante entre el sujeto y su objeto, entre el mundo de lo racional (real) y lo razonable (lo ético), y que otorga privilegio a lo racional.

Estos presupuestos de la idea del desarrollo que caracterizan al pensamiento occidental han sido adoptados por las pautas predominantes en los modelos y estilos de desarrollo vigente en América Latina. Pero ellos entran en contradicción con las categorías culturales que subyacen a las culturas cotidianas de los pueblos latinoamericanos, a saber la predominancia de rasgos de mestizaje cultural, de una cultura simbólica y no-racionalista y una cultura no-occidental cuya lógica es mítico-gestual más que cartesiana¹⁶. Se trata de modelos de desarrollo cuyos presupuestos conllevan pautas culturales y sostienen una visión del hombre y de la vida que generan estilos de vida particulares. El impacto de las nuevas tecnologías ¿acaso no modifica radicalmente las pautas de vida tradicionales, dislocando su sentido de orientación e identidad autóctona?

Vale la pena recordar que las nuevas tecnologías, especialmente las comunicacionales y telemáticas, vanguardias en los procesos de modernización actuales, son ubicuas, desencarnan los procesos de comunicación y desterritorializan los lazos culturales, al posibilitar la sensación de cuasi-simultaneidad geográfica. Esas tecnologías, al servicio del imperio de mercado transnacional, imponen un mundialismo, una globalización, que “*niega las diferencias entre culturas en nombre de un universal pobre: el del placer y del consumo*”¹⁷.

Precisamente por esa contradicción observada entre la lógica tecnocrática y universalista, propia de la modernización, y la lógica simbólico-mítica, propia de los modelos cotidianos locales, es que resulta pertinente recalcar a lo menos dos aspectos de la definición conceptual de cultura, entendida como modelos culturales que guían al actor en su cotidianidad¹⁸. Usualmente las investigaciones y reflexiones acerca de las consecuencias de los procesos de modernización en el plano de la cultura - por estar inspiradas en un paradigma modernizante racionalista e intelectualista -, priorizan los aspectos sistemáticos y racionales de los modelos culturales que orientan la práctica de los actores sociales involucrados en esas modernizaciones. Se olvidan los aspectos pre-re-

¹⁶ Ver los resultados de una investigación nuestra en que analizamos la cultura popular y sus expresiones religiosas tradicionales en el marco del desarrollo de la región del Bio-Bio. Cfr. Cristián Parker G. *Animitas, machis y santiguadoras. Creencias religiosas y cultura popular en el Bio-Bio*, Rehue-CERC, Santiago, 1992, y Cristián Parker G. “Desarrollo alternativo y cultura popular”, en *Desarrollo alternativo a partir de las organizaciones de base*, Accion Social y Solidaridad, Arzobispado de Concepción, Concepción, 1987, pp. 67-81.

¹⁷ Pascal Bruckner, “Faut-il Etre cosmopolite?”, *Esprit*, Dec. 1992, p. 86.

¹⁸ Sobre modelos culturales, cfr. J. Remy et al, *Produire ou reproduire? Une sociologie de la vie quotidienne*, op.cit. y Cristián Parker G., *Religion y clases subalternas urbanas en una sociedad dependiente*, CRSR, Université Catholique de Louvain, Louvain-la-Neuve, 1986, pp. 231-291.

flexivos y fundamentalmente no verbales que constituyen también a los modelos culturales, los cuales ofrecen aspectos insoslayables de simbolismo y de sentido.

Por lo tanto, todo análisis acerca de la interrelación entre cultura y desarrollo, cambio cultural y proceso de modernización, no debiera pasar por alto las dos dimensiones formales de toda estructuración del sentido:

1. La cultura, siendo vehículo de significaciones en sus estructuras significativas manifiestas, puede ser aprehendida desde su constitución y estructura semiológica tanto en su manifestación verbal, como en su manifestación no-verbal:

- Lo verbal objetivado lingüísticamente: soporte de representaciones conceptuales e ideográficas colectivas (discursos, textos...).
- Lo no verbal objetivado por vía de imágenes materiales y gestuales: soporte de representaciones simbólicas colectivas (ritos, formas audiovisuales, arquitectura, museos, mercados, etc...).

2. Toda cultura, en tanto modelo orientador y de sentido, se produce en un espacio-tiempo determinado socialmente. En concreto, toda cultura proviene de una red de significaciones cuyos significantes tienen un inevitable anclaje territorial.

Este último aspecto tiene una incidencia directa en nuestra temática acerca del desarrollo local. En cuanto al soporte verbal de toda cultura —en tanto red relacional de estructuras comunicacionales— hay que recordar que constituye el objeto de reflexión no sólo de la filosofía analítica, sino también de la lingüística y de buena parte de la sociología crítica contemporánea. Dicho soporte lingüístico de todo proceso comunicacional, sobre el cual se basan muchas consideraciones de la sociología “post-metafísica” o de la filosofía “postmoderna”, plantea desafíos que exigirían desarrollar un trabajo mucho mayor que el presente.

Cultura y localidad

Debemos ahora reflexionar en torno al anclaje territorial de toda forma cultural. El condicionamiento del ambiente geográfico en la articulación de las formas culturales ha sido destacado por diversas teorías. Es necesario, sin embargo, superar el determinismo geográfico.

Es cierto que la mejor definición de habitación es el hábitat en que vivimos nuestros hábitos. Pero ese hábitat puede cambiar, o el sujeto puede emigrar y no por ello se cambian en forma mecánica los hábitos. Con todo, es efectivo que toda vida social está siempre circunscrita a un espacio geográfico, y toda vida social local no es sino ese territorio y medio ambiente en que se viven determinados y particulares *habitus* socioculturales¹⁹.

¹⁹ Sobre el concepto de *habitus* en la sociología de la cultura ver Pierre Bourdieu, *La Distinction, critique sociale du jugement*. Editions De Minuit, Paris, 1979.

Al respecto, todas las teorías de la modernización, incluidas por supuesto las teorías sociológicas clásicas de la urbanización, han planteado que dichos procesos traen como consecuencia la inevitable dislocación del espacio simbólico-social-cultural cerrado que constituía al pueblo, al barrio o localidad tradicional²⁰. Hoy dicho proceso no es tan evidente, puesto que aún en el marco de las grandes megalópolis vuelven a cobrar sentido en los barrios y sectores, en las comunas y localidades, modelos de identificación no siempre sistemáticos, que diferencian, clasifican, delimitan y establecen una discontinuidad en el espacio con otras localidades y agrupaciones urbano-espaciales.

Es precisamente éste un aspecto relevante que debiera profundizarse, puesto que la puesta en obra de mecanismos simbólico-semánticos de identificación localistas, en el contexto de mutaciones culturales globalizantes y universalistas, estaría mostrando que el sentido de la vida, ligado a las experiencias vitales (el condicionamiento *existencial* de que nos habla Mannheim, más allá del condicionamiento social del conocimiento intelectual por un enfoque reduccionista)²¹, arraiga precisamente en experiencias fundantes y no funcionales, experiencias viscerales (¿uterinas?) que dicen relación con la adhesión incuestionada (¿tradicional?) al territorio del nacimiento (¿nación?), al territorio familiar, el “terruño”, lo entrañable e inexplicable en términos meramente racionales.

Este sentimiento colectivo -cuya manifestación en la sincronía de cada individuo puede ser muy variable- recibe, sin embargo, denotaciones y connotaciones, delimitaciones y márgenes que pueden variar en cada caso, dependiendo del tipo de “nacimiento” sociocultural de la experiencia vital (y su trayectoria diacrónica). Con toda seguridad, los cambios vertiginosos de la experiencia modernizante tenderán a redefinir aquellos márgenes que han anclado originalmente la experiencia en un determinado espacio, pero en ningún caso la colectividad y los individuos permitirían la supresión de esos sentimientos primarios de identificación que posibilitan no sólo la continuidad del sentido y del arraigo psicosocial, sino la reproducción de identidades colectivas atávicas, cuya manifestación en la modernidad circundante (abierta o latente) devienen en un panorama que los analistas han descrito como de “hibridismo” cultural y que por consideraciones de orden teórico que no viene al caso discutir, preferimos analizar en términos de mentalidad sincrética propia de las clases mayoritarias en el continente latinoamericano²².

²⁰ Cfr. J. Remy y L. Voye, *La ciudad y la urbanización*, Instituto de Estudios de Administración Local, Madrid, 1976.

²¹ Cfr. Karl Mannheim, *Ideology and utopia: An introduction to the sociology of knowledge*, Ed. Brave-Harrest Books, Harcourt, N.Y., 1954.

²² Cfr. Nestor García Canclini, *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, Grijalbo, Mexico, 1990. Dice al respecto Brunner: “El cosmopolitanismo inaugurado por esa industria cultural convive así, mano a mano, con el localismo de casi todas las demás posiciones ocupadas en la vida cotidiana por la mayoría de los habitantes de la región; Flasch Gordon ingresa triunfal en la población marginal y Dallas, puede

Este último rasgo nos sitúa ya en la problemática de la cultura local y las identidades locales así como su interrelación con el desarrollo, entendido como transformación de las fuerzas productivas que van modificando la relación del hombre con la naturaleza. Transformación sometida a una compleja red de mediaciones, una de las cuales reside precisamente en la dimensión espacio-local.

Desarrollo local e identidad local

La temática del desarrollo local es tributaria de la descentralización y regionalización como tendencia de reordenamiento jurídico-administrativo, político, social e incluso cultural, en los Estados contemporáneos. Como se sabe, la valorización de lo local a partir de los años 80 tiene variadas fuentes teórico-prácticas que sólo podemos aquí bosquejar. La mayor relevancia que ha adquirido lo local en esta última década y media se debe a los procesos históricos y a la forma cómo ellos han sido conceptualizados recientemente. Baste decir que allí se incluye la crisis del Estado de Bienestar, centralista, ineficiente y burocrático, y la necesidad de replantearse la democratización estatal en otros términos²³; la emergencia de nuevos actores locales que no corresponden al paradigma usualmente manejado por la ciencia política, como las poderosas organizaciones de empresarios y sindicalistas²⁴; la necesidad de la reforma administrativa del Estado que, por la vía de la descentralización, regionalización y desarrollo del gobierno comunal espera introducir importantes avances modernizadores en las economías regionales y locales²⁵; la valoración de la "democracia local" y la participación social como alternativa complementaria del carácter formal de la participación en las democracias liberales²⁶; las nuevas formas de gestión urbana²⁷;

representarse, sin rupturas cognitivas graves al lado de la telenovela local.", José Joaquín Brunner, "Entonces ¿existe o no la modernidad en América Latina?", *Material de Discusión*, N° 101, FLACSO, Santiago, 1987, p.13. Cfr. C. Parker, *Otra Lógica...* op. cit.

²³ Cfr. Fernando Calderón, Mario Dos Santos (Editores), *Hacia un nuevo orden estatal en América Latina, veinte tesis sociopolíticas y un corolario*, FCE, Santiago, 1991; también Juan Carlos Portantiero, "La democratización del Estado", *Pensamiento Iberoamericano*, N°5, 1984, y "La múltiple transformación del Estado latinoamericano", en *Nueva Sociedad* N° 104, noviembre-diciembre. 1989, p. 93 ss.

²⁴ Elizabeth Jelin, *Los Nuevos Movimientos Sociales*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1989; Elías Díaz, "Socialismo democrático, instituciones políticas y movimientos sociales", *Contribuciones*, N° 58, FLACSO, 1988. También Claus Offe, *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*, Ediciones Sistema, Madrid, 1988.

²⁵ Ver Sergio Boisier, *Territorio, estado y sociedad. Reflexiones sobre descentralización y desarrollo regional en Chile*, Pehuén, Santiago, 1990.

²⁶ Ver José Arocena, *Iniciativa local en América latina*, Montevideo, 1989; también pueden verse elementos interesantes para un debate sobre este punto en la obra colectiva, Ch. Taylor, et al. *Democracia y Participación*, CERC, Santiago, 1988.

²⁷ Cf. Gustavo Riofrío, "Lima en los 90, un acercamiento a una dinámica urbana", *Nueva Sociedad*, N° 114, 1991.

y, en fin, las perspectivas culturalistas que reivindican la pequeña escala en la defensa de las culturas locales frente a la penetración de una cultura universalista alienante, amenazante y antiecológica, hasta las orientaciones que apoyan la descentralización como alternativa a la privatización que reduzca el aparato estatal e impulse el crecimiento en el marco de un modelo neoliberal²⁸.

Lo cultural, en el marco de los procesos de descentralización, ha sido abordado fundamentalmente como un problema de políticas que aseguren el equilibrio necesario para el desarrollo artístico-cultural local y regional y no como problema de identidades locales y regionales en juego en los procesos de desarrollo, en una perspectiva global y antropológica. En una reciente publicación que sintetiza la visión que tienen las autoridades gubernamentales (aunque recoge expresiones no oficialistas), acerca de la cultura chilena en transición queda de manifiesta la visión restrictiva, aunque necesaria, con que se enfoca la temática cultural²⁹. Cultura es la producción especializada del campo cultural: ya sea de élites (bellas artes, música clásica, plástica, teatro, cine, ballet, literatura, crítica cultural, museos, etc.) ya sea cultura masiva (medios masivos de comunicación, educación y cultura, patrimonio cultural, etc), ya sea entendida como creatividad artística masiva (artesanía, música folclórica, teatro popular, etc.). Cuando se abordan explícitamente los temas de la cultura y el desarrollo local se lo enfoca desde la misma perspectiva que hemos comentado³⁰. Es indudable que esta concepción de las políticas culturales significa un gran avance respecto de consideraciones acerca del desarrollo, la democratización y la modernización que no consideran en absoluto la temática cultural. Pero un análisis en profundidad acerca de la interacción entre cultura y desarrollo, para evitar el vacío al cual nos referíamos en la introducción, debe ir más allá de este enfoque restrictivo, abordando la cultura en su doble acepción, como campo y como modelo que subyace a las formas de desarrollo.

Más allá del análisis de las realidades locales circunscritas al terreno antropológico como análisis de comunidades étnicas o campo del desarrollo comunitario, de los planes y programas de regulación urbana, o de administración y políticas municipales, se requiere la producción de un conocimiento sustantivo de las realidades locales. Uno de los planos de investigación que es necesario enfatizar es precisamente el de la identidad y la cultura local.

²⁸ Para un análisis global de las diversas alternativas de valorización de lo local ver Raúl González, *Espacio local, sociedad y desarrollo, razones de su valorización*, PET, Santiago, 1994.

²⁹ Cfr. Ana María Foxley, Eugenio Tironi, (Editores), "1990-1994. La cultura chilena en transición", Número Especial de *Cultura*, Secretaría de Comunicación y Cultura, Ministerio Secretaría General de Gobierno, 1994. Igualmente, *Políticas Culturales en Chile*, División de Cultura Ministerio de Educación, op.cit.

³⁰ Cfr. Jaime Ravinet, Claudia Serrano, "La cultura en los barrios", en "1990-1994. La cultura chilena en transición", op. cit. pp. 177-183.

“La sociedad moderna se caracteriza por un debilitamiento de los lazos objetivos y subjetivos que tienen como base el pertenecer a una realidad local. Las aglomeraciones urbanas llevan ello hasta el límite más alto, haciendo nuevas los significados de ser de una comuna o zona determinada.”

“Sin embargo, distintos fenómenos culturales y afectivos presentes hacen del fenómeno de la identidad y cultura locales, no sólo algo en cierta medida no extinguido, sino que un objetivo que sería posible de defender, recuperar o reinventar”.³¹

Ello podría llegar a “concederle a la cuestión de la identidad local, la misma fuerza que tuvo, en el pasado, el de la identidad nacional”.³²

Debe entenderse de otra manera a la cultura local en el marco de este enfoque amplio, sin asociarla exclusivamente a la creatividad y energías artística locales o a las tradiciones que definen a cada localidad, por más valiosas y vistosas que fuesen.

El desarrollo local, tal como está planteado en la agenda política chilena, tiene todavía que plasmarse en un proceso activo en el cual los actores locales tienen una palabra decisiva que decir. Esta cuestión que teóricamente resulta pertinente no es clara si se toma en consideración que tradicionalmente el Estado chileno se ha caracterizado en extremo por su centralismo³³. Lo que, dicho en otras palabras, significa que si todo actor local está constituido como tal en una medida importante por el tipo de orientaciones culturales que simbólicamente lo identifican y lo constituyen como sujeto en el mundo, no se sigue de ello que sus marcas identificatorias estén vinculadas en forma armónica con las orientaciones a la innovación tecnológica y a la modernización administrativa que presupone el proceso modernizador del desarrollo local y regional.

Lo que hemos visto hasta aquí plantea la necesidad de distinguir analíticamente el tipo de interrelación entre la “tradicición” que contribuye a la conformación semántica y semiológica de la identidad colectiva y la diversidad de formas en que la “tecno-ciencia”³⁴ favorece el desarrollo, respetando o no las culturas locales.

El problema de la tradición es de honda repercusión en la conformación

³¹ Raúl González, *Espacio local, sociedad y desarrollo, razones de su valorización* op.cit., p. 94.

³² José Arocena, “Discutiendo lo local; las coordenadas del debate”, *Cuadernos del CLAEH*, N°45-46, CLAEH, Montevideo, 1988.

³³ Cfr. Sergio Boisier, *Territorio, estado y sociedad. Reflexiones sobre descentralización y desarrollo regional en Chile* op. cit., 1990.

³⁴ Nos referimos aquí a la concepción tecnocrática que ve a la tecnología exclusivamente como razón instrumental que tiene a la ciencia a su servicio pragmático y que postula la neutralidad axiológica y la asepsia ética.

de la identidad y no está ajena al debate intelectual acerca de lo que se entiende por modernidad y postmodernidad³⁵, cuestión que tiene plena vigencia en sociedades como las nuestras en vías de desarrollo y modernización, donde todavía queda mucho de “tradicición” en las culturas locales, regionales, y cotidianas.

La discusión teórica acerca del papel de la tradición en la constitución de las identidades históricas, nacionales, locales, no resulta inofensiva dadas sus connotaciones filosóficas, políticas y éticas. Es interesante destacar que el problema de la tradición en la epistemología post-positivista plantea más de algún problema al momento de definir su rol en el marco de la comprensión. Refiriéndose al problema de la tradición alemana, Habermas plantea que “*tradición significa que proseguimos apromblemáticamente algo que otros han iniciado y hecho antes que nosotros. Normalmente suponemos que esos “predecesores”, si hablásemos con ellos cara a cara, no podrían engañarnos del todo, no podrían representar el papel de **deus malignus**. Pues bien esa es la base de confianza que quedó destruida con las cámaras de gas*”³⁶. La comprensión no puede entonces basarse ni en una tradición acrítica, ni en una razón reductivista, ni en una tradición discernida en medio de la trama lingüística, ni en una razón abstraída de sus condicionantes simbólico-culturales³⁷.

Respecto a las consecuencias en el plano de la cultura del modelo vigente de desarrollo y sus consecuencias globalizantes, es claro que el así llamado proceso de “modernización” se comprende, sin más, como asimilación de los patrones del desarrollo científico-técnico y económico-financiero-mercantil de las sociedades capitalistas occidentales lo que, entre otras cosas, por la vía de la amplia red de medios de comunicación y “marketing” de que dispone, genera patrones culturales consumistas y modelos de “éxito” que contradicen valores, aspiraciones y formas de ser y de vivir de las culturas locales, y ponen en peligro la identidad cultural de los diversos grupos populares, indígenas y de clases medias, así como sus rasgos de cultura solidaria, no competitiva y “mestiza” que provienen de una larga herencia cultural, producto de los procesos de aculturación de hace 300 o 400 años, y de las dinámicas de integración y síntesis cultural más reciente³⁸.

Esta contradicción se ve agudizada por le hegemonía del modelo capita-

³⁵ Ver las interesantes reflexiones en Enrique Urbano (comp.) *Tradicición y modernidad en Los Andes*, Ediciones. CBC, Cusco, 1992.

³⁶ Jürgen Habermas, *Identidades nacionales y postnacionales*, op. cit., p. 113.

³⁷ Cuestión ésta que exige profundizar en la famosa polémica Habermas-Gadamer, que en este breve artículo no podemos sino referir. Para un análisis de esta polémica ver H. Urbano, “La Tradición andina o el recuerdo del futuro”, en *Tradicición y modernidad en Los Andes* op.cit., pp. XXIII -XXVIII.

³⁸ Ver una amplia discusión sobre el carácter mestizo de la cultura latinoamericana, válido también para la cultura chilena, en Anne Rémiche-Martynow, Gabriela Schneier-Medanes, *Notre Amérique métisse*, Éditions La Découvert, Paris, 1992.

lista neoliberal que tiende a imponer su proyecto del “mercado total”³⁹. Habría, pues, que profundizar en la investigación teórica y crítica acerca de lo que se entiende por tipos o *estilos de desarrollo*, en el supuesto que existen una gama de posibilidades y que América Latina, sus diversas naciones y regiones pueden optar por modelos de desarrollo, aún cuando sabemos que el margen de variabilidad de dichos modelos o estilos, en el contexto de la economía y sociedad mundial contemporánea se han visto reducidos últimamente.

Pero no sólo desde el plano de la modernización económica impuesta por el modelo neoliberal surgen aspectos que desafían a la cultura y las identidades locales. La descentralización y la modernización del Estado, más que un proceso de aceptación de la diversidad local, pueden ser analizados como procesos de adecuación eficiente de una gestión pública desburocratizada a las nuevas condiciones y exigencias del desarrollo globalizado y tecnificado. Pero este proceso descentralizador, como sucede en varias experiencias en Europa y América Latina, pueden llegar a negar y borrar las identidades regionales, culturales o étnicas. A partir del análisis de la modernización administrativa, y en el marco jurídico ilustrado de la modernidad, la “igualdad ante la ley,” establece una normativa universalizante que desconoce la diversidad. *“La idea de derechos específicos de minorías, que sean étnica o comunitarias, no siempre es compatible con la de un Estado que predica la igualdad de los ciudadanos frente a los diferentes poderes. La modernización del Estado y el acceso de la sociedad a la modernidad que busca lograr por la mediación de la descentralización tendería lógicamente a valorizar los conceptos de individualismo o de socialismo, de racionalismo y universalismo, más que nociones como “tierra”, “fuerza de los lugares”, “peso de la historia”, etc. que tienden a evocar las de notables locales, clientelas, caciquismo, coronelismo...”*⁴⁰.

En general es importante destacar, como se hizo más arriba, que los programas de descentralización no aluden a la cultura más que como campo especializado, y no a una concepción referida al concepto de “identidad” que pone en el centro de la preocupación el derecho a tratos diferenciados, que atenta contra la idea clásica del Estado nacional integrado y universal. La descentralización se desarrolla en torno a la malla administrativa, dejando en manos del poder local la relación con el mundo asociativo y comunitario, pero en términos de sus intereses particulares y no en torno a sus identidades y valores. *“En este contexto corresponde a cada región, o territorio, o comunidad, encontrar los caminos de su identidad y de la defensa de sus valores en el respeto de las leyes, de la Constitución y de lo que se define como cultura nacional. La cuestión para los intelectuales es saber si los valores que son las bases de las comunidades (...) son susceptibles de integrarse a la modernidad. Di-*

³⁹ Ver la crítica de F. Hinkelammert a esta hegemonía del neoliberalismo en “Capitalisme sans alternatives”, *Alternatives Sud*, Vol.1, 3, Paris, 1994, pp. 43-63.

⁴⁰ Hélène Rivere D’Arc, “Brasil, México, Cuba, tres contextos, tres enfoques de la descentralización”, *Iztapalapa*, Año 11, N° 22, enero-junio, 1991, p. 84.

cho de otro modo, si son susceptibles de pensar sus relaciones con el exterior sin por ello desaparecer (pero nada permite pensar por el momento que estén desapareciendo)”⁴¹.

En otras palabras, la persistencia de rasgos que la modernidad llama “tradicionales” en la cultura chilena y latinoamericana, profundamente arraigados en lo local (y que una concepción racionalista, modernizante, vería como “obstáculo al progreso”), es un índice del grado de contradicción cultural que incrementa el actual proceso de “modernización” bajo el paradigma neoliberal y cuestión desafiante en el marco de los actuales procesos de descentralización administrativa. El reto que plantea el desarrollo local con identidad supondría elaborar una nueva concepción que hoy en día se atisba pero cuya realidad es todavía lejana.

En tanto la política cultural y el proceso democratizador no tomen en cuenta este hecho y se piense la participación política, social y cultural exclusivamente como si se trabajara en una tabla rasa, o se pudiera seguir los patrones de las sociedades del capitalismo avanzado (con la política acrítica de “integración a la modernización en curso”), persistirá el “desencuentro” entre la cultura de las grandes mayorías, sus valores, intereses, demandas, necesidades, ritos, cotidianidades y anhelos, y la pretendida “democratización” de la sociedad que quedará así desprovista de contenido sustantivo y de actores colectivos que le den soporte real, más allá de operar como masas “electoras” disponibles -no sin dificultades- para la clase política y sus propios canales en la redistribución del poder.

⁴¹ Ibidem p. 84-85.